

El pecado culpable de no leer a nuestros contemporáneos

Del realismo mágico al realismo trágico

Hugo Chaparro Valderrama
Quebecor World; Random House
Mondadori, Bogotá, Barcelona,
Debate, Colección actualidad, 2005,
153 págs.

No sé si Hugo Chaparro sea el mejor escritor colombiano, pero sí sé que es el que tiene un mayor *don de gentes*. Hugo Chaparro Valderrama es, antes que todo, una buena persona, tanto que tengo que reprocharme que la vida no me haya hecho más amigo suyo. Pero es el amigo de mis amigos, y eso ya es bastante. Con algo de niño y algo de duende que aparece de pronto cuando y donde menos se lo espera, a los legos nos habla más de cine que de literatura, pero más de literatura que de todo lo demás.



Confieso, además, que he sido muy mal lector de Chaparro, así como de la mayor parte de mis contemporáneos. Creo que es un mal endémico, el gran pecado de los escritores colombianos de hoy. Aquí no nos leemos los unos a los otros. Leí *El capítulo de Ferneli*, una novela policíaca bastante original, y

eso es todo. Pero sí recuerdo en los años ochenta esas crónicas en los magazines dominicales de *El Espectador* en las que descubrí a Rubem Fonseca, ese autor brasileño que a través de su escritura reescribe a Chandler y a Hammett, rebasa el género, lo hace propio y crea un estilo. Y lo descubrí gracias precisamente a Hugo Chaparro, en esas crónicas que reaparecen aquí y ahora, en este libro.

En las propias palabras del autor, la intención de este libro es cruzar el umbral de la ficción para encontrarnos en el territorio movedizo del reportaje sobre la brutalidad, el idioma en que nos hablan el cine, el *rock* o la literatura, que contribuye a conjurar el malestar y a resistir el desplazamiento forzoso que vivimos, *del realismo mágico al realismo trágico*.

Esta es la clave de su visión:

No se trata de emprender una campaña en la que se defienda a los niños de la maldad contemporánea. Se trata de la ética que toca y retoca una nueva clase de espectáculo; de comprender hasta qué punto la ficción puede reflejar, en la superficie de un espejo deformado, los trazos de una violencia que se confunde con el género de un horror en apariencia imaginario.

El 11 de septiembre aseguró el comienzo de una nueva etapa: la del psicópata como estrella máxima de la farsa. En la entrevista con Andrew Loog Oldham el mensaje es claro:

Hoy en día, cualquier persona puede ser famosa, lo único que tiene que hacer es matar a alguien o de pronto tener un hit o una película muy taquillera.

La violencia y su registro en la mente de escalofriados ejemplares de la misma especie, el afán de protagonismo en medio de la soledad urbana o las vías de escape a través de las cuales cada quien anhela disfrutar sus quince minutos de fama, se han convertido en tema negociable para cualquier periodista.

Mientras que la ingenuidad repite palabras como cocaína, secuestro o guerrilla asociándolas con la realidad de Colombia y recordando que el escándalo vende, la literatura y sus invenciones sugieren un país más diverso y profundo que el recuento tendencioso de la tragedia y la muerte.

Absolutamente justo. Muestra, como dice por ahí, “el carácter surreal que nos define”. Este país se está removiendo en las entrañas desde hace mucho tiempo, en tanto se mantienen los tópicos habituales como una recitación incambiable, precisamente porque eso es lo que interesa a quienes detentan un poder que no quieren perder a ninguna costa.

Esa comparación entre mundos tan diversos nos depara sorpresas. La historia del documental “P.M.” de Reinaldo Arenas me recuerda de un modo demasiado sospechoso la de una obra teatral poco conocida en Occidente, del premio Nobel chino Gao Xingjian. En la obra de éste, una especie de *Esperando a Godot* oriental, un grupo de personas comunes se reúnen en una estación de autobús en Pekín. Como el autobús jamás pasará a recoger a los protagonistas, que lo esperan en vano, las autoridades comunistas se sintieron agredidas y pensaron que Gao quería protestar abiertamente ante el mal servicio de la línea... En lo de Arenas, los autores se limitaron a mostrar un fragmento de *La Habana nocturna*. Por desgracia para ellos, en él se veían varios trabajadores cubanos bebiendo en un bar y su suerte no difiere mucho de la de los personajes del Nobel chino ni de la de su propio autor.

Nos regala el autor un reportaje acerca de Afganistán, en la época talibán, que ahora resulta de una actualidad inquietante... En un tema apenas digno de Henri Michaux, nos cuenta como los tajiks y los hazarehs consideran a los pashtoons sus peores enemigos sobre la tierra, y viceversa. Ninguno de ellos sueña con visitar las mezquitas de los otros para sus oraciones.

Chaparro está intentando hacer sociología en presente, a medida

que el mundo va andando. Con una entereza que sólo puede venir de una mente obsesiva, pretende no quedarse atrás de todo ese vaivén giratorio alucinante. Lo que más me gusta en estos ensayos es su mundo de referencias, pues mientras los escritores citamos de continuo a Kafka o a Borges, Chaparro cita a Billy Wilder, a Lon Chaney, así como a los iconos del mundo de la cultura *pop*. Pero además, Chaparro parece ser el único que lee las novelas americanas que nunca llegarán aquí, ni siquiera alarmanamente mutiladas y convertidas en heces en las tan a menudo abominables traducciones de Anagrama.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

El quinto es el que es

Lector impenitente

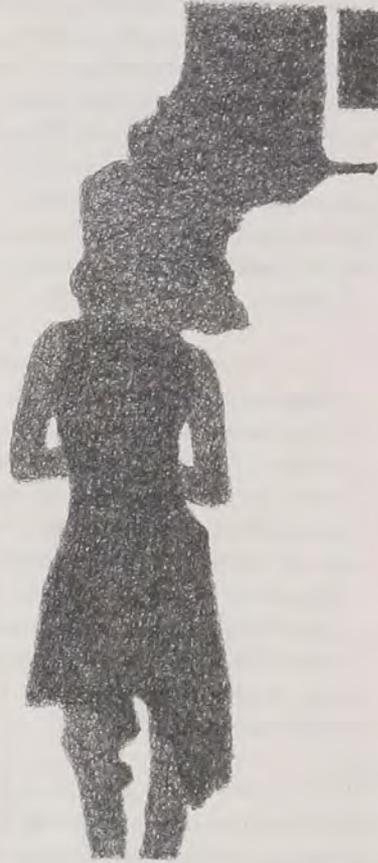
Juan Gustavo Cobo Borda
México, Fondo de Cultura Económica,
2004, 501 págs.

Cobo es uno de los poquísimos escritores que escriben como hablan. Al leerlo nos parece estar escuchando su voz, sus inflexiones, sus giros, su prosodia. Las lecturas de Cobo han sido, en su momento, nuevas y frescas lecturas y, lo que es más importante, en buena parte primeras lecturas de autores olvidados o poco conocidos. Aquí están reunidos todos sus tópicos y sus mañas, su casi nula condescendencia con el género novelístico, su estilo de frases cortas, su concisión de telegrama.

Si esta es la primera gran antología de Cobo para toda Latinoamérica, entonces lo primero que hay que echar en falta es la presencia de los escritores colombianos que merecen una mayor trascendencia universal y que Cobo fue sacando del olvido, como Luis Tejada, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila... Aquí el antologista (¿el mismo Cobo Borda?) elude a sus compatriotas que no son más o menos

“evidentes” para el lector de América, esto es García Márquez, Mutis, Arciniegas, De Greiff, Isaacs, Vargas Vila, Sanín Cano...

Como con la sola lectura del índice se nos agotaría toda la reseña, obviaré cualquier discusión con los gustos o las ideas del autor y me limitaré a hacer un brevísimo resumen de las que a mi modo de ver son las principales páginas de este amplísimo volumen.



Tres ensayos generales sobre la lectura, entre sociológicos y literarios, sirven de prólogo: *Leer y fabular*, *El elusivo fantasma de la identidad* y *Las delicias del tiempo perdido (Notas indolentes)*. En este último (1986), afirma que el pillaje y el letargo coloniales fueron resultado de la burocracia de los Austrias, que convirtió el Nuevo Mundo en una polvorienta notaría. Allí también afirma, muy al estilo de sus maestros Sanín Cano y Arciniegas: “En Europa es necesario hacer la cola. En Latinoamérica uno siempre está buscando los mecanismos picarescos para saltarse al que está delante de uno”.

Luego vienen dos ensayos sobre un escritor de la conquista, Gonzalo Fernández de Oviedo, y uno de la colonia, Juan Rodríguez Freyle. El ensayo sobre el “Sumario”, con su antológica descripción de la iguana, lo habíamos leído con inmenso placer ya en *Letras de esta América* (1986). Es famosa la primera frase del otro ensayo, que fue uno de los que contribuyó a que se volviera a leer a nuestro gran chismoso colonial: “*El Carnero* de Juan Rodríguez (1566-1642) es un libro ameno. Conjuga la historia con la chismografía y la autobiografía con la narrativa dentro de una naturalidad fresca y espontánea”.

Del siglo XIX, el antologista escogió tres personajes, el brasileño Machado de Assis, y los colombianos Vargas Vila y Jorge Isaacs. Del primero dice que lo que importan son sus novelas, y que en español, por aquellos tiempos, no hay nada que pueda parangonársele. Lo más asombroso de Vargas Vila, aparte de ser hoy casi ilegible, es la vastedad de su odio y el modo, infatigable, en que puso a la literatura al servicio de éste. Como ejemplo de esa dialéctica enfermiza, Cobo nos regala la espeluznante escena con que concluye *Alba roja*: “Luciano Miral se acostó sobre la tumba maternal, cavó con las manos la tierra, en el sitio donde creyó que estaban los oídos de su madre, hundió allí su rostro, y en un diálogo extraño, le murmuró cosas íntimas y santas brotadas de su corazón”.

Una cuarta parte, “Las sucesivas independencias”, agrupa desde el sabio José Celestino Mutis hasta José Juan Tablada, pasando por Bolívar y sus noveladores, y Rubén Darío. Cobo Borda no elude el humor bogotano como cuando se refiere a “las que sin ironía no podemos llamar madres de la patria sino apenas amantes de la misma: me refiero a Manuelita Sáenz y a Rosita Campuzano, también ecuatoriana, también protagonista de un episodio amoroso con San Martín”.

El quinto capítulo, quizá el más valioso del libro, “Borges único”, está dedicado por entero a ensayos